

Argentina: problemas, después del 25

► Inflación y carestía entretenidos por el Mundial

Luis Gutiérrez R./enviado

BUENOS AIRES, 9 de junio. — En vísperas de la última fase de la primera ronda de juegos del Mundial, la pasión por el fútbol mantiene su hervor a fuego lento en esta ciudad, en la que vive casi el 40 por ciento de los habitantes del país.

En cada esquina, en cada balcón, en cada puesto de periódicos, en cada poste, en cada escaparate, está la bandera blanquiazul y el logotipo del Mundial '78.

Sobre la carpeta de problemas cotidianos del porteño, el fútbol siempre está encima, abajo quedan, "para después del 25", la inflación, la carestía de la vida, la liberación de alquileres, el deficiente servicio telefónico, la situación política, el sucesor del presidente Videla.

Fútbol si se entra al cafetín, fútbol si se sube al micro, fútbol si se viaja en el subterráneo, fútbol en las aceras de

calles y avenidas, fútbol en los bares, en las barriadas de postín o en las villas miseria del Gran Buenos Aires.

Hace poco más de una semana que esta ciudad vive su carnaval, carnaval cuyos desbordamientos se magnifican en las calles cada vez que el equipo blanquiazul obtiene un triunfo en River Plate.

Primera página de un diario capitalino: "Un almirante dirige el equipo de Brasil" es la nota principal. "Nuestro drama tiene nombre: Luque", segundo principal. "México: la tierra azteca es un volcán, quemaron el auto de Vázquez Ayala". Abajo, muy hasta abajo de la plana, como última cabeza, un aviso de declaraciones hechas ayer por el secretario de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz: "Podría mejorarse el salario mínimo y se espera para este año un rebote inflacionario".

► Argentina: problemas después del 25

Se espera un nuevo brote inflacionario

■ de la primera

Mariano Alberdi, restaurantero de la avenida Córdoba ("esta semana vi los dos primeros juegos de fútbol de toda mi vida"), le comentaba esta mañana al enviado de este diario.

"Debe usted comprender que estamos viviendo una bendita fiebre de postergación. ¿Quién no quiere disfrutar de 25 días de eso que ustedes, los mexicanos, llaman me—importa—madrismo? Y si no pruebe, pruebe usted, pregúntele a un padre de familia si ya tomó providencias para el 31 de junio, cuando la ley de alquileres liberados lo ponga de patitas en la calle con todo y pibas. ¿Sabe que pasaría? que le rompería usted el encanto, sería usted cruel con volverlo a la realidad. ¿Quiere usted hacerlo? ¿verdad que no?"

En medio de la euforia, al porteño —y es de suponerse que en las provincias ocurre lo mismo— lo domina una obsesión: por favor, hablen bien de nosotros, nos somos como nos pintan".

Y se les dice que se equivocan, que en el extranjero nadie habla mal de los argentinos (quizás los hinchas uruguayos, o los hinchas brasileños, pero sólo ellos: los hinchas), que la gente de este país es noble y generosa, que está uno colmado de atenciones, pero insisten: "por favor, hable bien. ¿O es que lo han tratado mal? ¿que le parece nuestra gente? ¿le gusta Buenos Aires?"

Buenos Aires. Es posible que en ninguna otra ciudad de América Latina le penetre a uno hasta por los poros de la

piel lo que es el alma de un país como en este Buenos Aires, con su gente entre los revoloteos de las palomas en la Plaza de Mayo, con sus filas de chiquitines de kínder, boquiabiertos antes las explicaciones que da la profesora ante la tumba de José de San Martín, en la catedral.

O con el mendocino, o el tucumano, o el cordobés, o el rosarino, o en el mismísimo barrio de la Boca, en cuyos bares gustan de dar sorpresas gratas al extranjero, con una hospitalidad que apabulla.

No se trata de olvido ni de amnesia. Simplemente de tregua. El argentino se ha dado 25 días de tregua, de carnaval.

La noche del 2-1 sobre Francia, este enviado iba en taxi hacia el hotel por la avenida Corrientes. El conductor, como todos los taxistas del mundo, hablaba de precios, de política, de economía y un poco de fútbol, porque —confesó— nunca ha sido aficionado.

El chofer hablaba, precisamente, del costo de la vida, de lo caro que está todo, de que por comprar café hace meses que no podía comprarse ropa. Hablaba con pasión, agitado, Diríase con furia.

El mar de autos rodeó al taxi. Bocinazos, porras, vivas, autobuses urbanos con aficionados hasta en el cofre. El chofer se desgañitaba con el periodista, esforzándose por hacerse escuchar: "Como le digo, la situación está difícil, yo no sé que va hacer tanta gente que se va a quedar sin casa. Yo mismo tengo que ver cómo consigo un departamento de dos ambientes (habitaciones) para la familia. ¿Me oye?"